



V

Rezar es hacerse instrumento de intercesión universal

Del Evangelio segun San Lucas (11, 1-9)

Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos». El les dijo entonces: «Cuando oren, digan:

Padre,

santificado sea tu Nombre, que

venga tu Reino,

danos cada día nuestro pan cotidiano;

perdona nuestros pecados,

porque también nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden;

y no nos dejes caer en la tentación».

Jesús agregó: «Supongamos que algunos de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche, para decirle: "Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos llegó de viaje y no tengo nada que ofrecerle", y desde adentro él le responde: "No me fastidies; ahora la puerta está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme para dártelos". Yo les aseguro que aunque él no se levante para dárselos por ser su amigo, se levantará al menos a causa de su insistencia y le dará todo lo necesario.

También les aseguro: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre.

¿Hay entre ustedes algún padre que da a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿Y si le pide un pescado, le dará en su lugar una serpiente? ¿Y si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan!».

Muchas veces nos parece que Dios ya no escucha, y entonces nos preguntamos: ¿de qué sirve rezar? Hay momentos en que uno se siente realmente abandonado, aplastado por la vida y parece que las muchas oraciones dirigidas al cielo quedan sin respuesta. Si no experimentamos que la oración cristiana se dirige hacia el Padre, se nos hace difícil comprender ciertos silencios y ciertas expectativas, que muchas veces resultan inútiles y decepcionantes. Jesús nos muestra el rostro del Padre para infundirnos una certeza: es verdaderamente imposible que nuestra oración no sea escuchada. La insistencia con la que acudimos a un amigo en busca de pan o de un favor, de alguna manera nos hace comprender cuán constante y continua debe ser nuestra oración de intercesión.

Usualmente nos dirigimos a Dios llenos de expectativas, estamos tentados a diseñar los tiempos y modos de su intervención, pero la relación con un padre no puede ser así: en la fe, como en las relaciones familiares, es necesario tener la certeza de que la respuesta al pedir ayuda, será muy superior a nuestras solicitudes y superará los tiempos de nuestras expectativas. Seguramente Dios no da una serpiente en lugar de un pez o un escorpión en lugar de un huevo; del mismo modo ciertamente escucha nuestra oración, pero lo hace como Padre escogiendo los mejores tiempos y formas para escucharnos.



Nuestro encuentro como Grupos nos mueve a un camino importante en nuestra oración; usando un lenguaje y una imagen de redes sociales: ¡siempre debemos estar conectados! Tenemos que pensar que en algún lugar del mundo, en este momento, algún Grupo le está pidiendo a Dios una gracia. Nuestra oración es siempre comunitaria y está siempre en comunión con la de todos los Grupos del mundo, aunque oremos solos. Orar juntos significa apoyarse unos a otros, pedir fuerzas para vivir y comprender la oración a la luz de la paternidad de Dios; es pedir al Señor que abra los corazones a la confianza y la esperanza en su palabra: «Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan» (Lc 11,9).

De una carta de Padre Pío a Raffaolina Cerase (Ep. II, pp. 70-71)

No todos estamos llamados por Dios a salvar almas y a propagar su gloria mediante el alto apostolado de la predicación; y sabe que este no es el único y solo medio para lograr estos grandes ideales. El alma puede propagar la gloria de Dios y trabajar para la salvación de las almas mediante una vida verdaderamente cristiana, orando incesantemente al Señor que «venga su reino», que su santísimo nombre «sea santificado», que «no nos deje caer en tentación», que «nos libre del mal».

Esto es lo que debes hacer tú también, ofreciéndote toda y continuamente al Señor para este fin. Reza por los infieles, reza por los tibios, reza incluso por los fervorosos, pero especialmente reza por el sumo Pontífice, por todas las necesidades espirituales y temporales de la santa iglesia, nuestra muy tierna madre; y una oración especial por todos aquellos que trabajan por la salud de las almas y por la gloria de Dios con las misiones entre tanta gente infiel e incrédula.

Vuelvo a exhortarte a que te consagres, y cuantas más almas puedas inducir por todos estos fines expuestos hasta aquí; y estate cierta que este es el más alto apostolado que un alma puede ejercer en la iglesia de Dios. Mantente firme en esto que te declaro, ya que es precisamente lo que dice también Jesús, y desprecia todas las persuasiones contrarias que el enemigo te irá sugiriendo.

La oración de intercesión en el Epistolario

El dolor humano tocó profundamente el corazón del Padre Pío, quien participó en el sufrimiento del pueblo dando consuelo, una palabra de esperanza, pero sobre todo, asegurando sus oraciones; sin embargo, no le gustaba hablar de milagros y hechos extraordinarios y, aun cuando alguien se le acercaba para agradecerle, siempre se refería a la intercesión de la Virgen María.

En el *Epistolario*, muy a menudo promete a sus directores espirituales y a las personas que dirige, orar por sus intenciones. Habiendo sabido que el ministro provincial, Padre Benedetto, estaba particularmente angustiado por problemas relacionados con su ministerio, el Padre Pío le escribió: «Me atormenta el alma saberte en tanto sufrimiento espiritual y ¡oh! cuánto he orado y ruego por ti, Señor nuestro, que me haces sentir en mi corazón que él es siempre el mismo para ti, más aún, ha duplicado sus gracias, sus preferencias, sus predilecciones hacia tu espíritu» (Ep. I). Cuando el padre Agostino le dice que las hermanas Cerase piden oraciones, él responde: «Asegúrales entonces que nunca me olvido en mi



nulidad de encomendarlas continuamente al Señor y que rezo más por ellas que por mí mismo; y el Señor sabe si miento" (*Ep. I*).

La oración por los directores espirituales es un deber: "No dudes, padre, que tu hijo, en su pequeñez, sabe cumplir su deber con nuestro padre común, con la firme confianza de ver cumplidos sus deseos" (*Ep. I*).

Francesco Forgione, el futuro Padre Pío, pronto se da cuenta de lo importante que puede ser la oración de intercesión. El padre Alessandro da Ripabottoni relata un milagro que él mismo dijo haber presenciado, que tuvo lugar con motivo de una peregrinación al santuario de San Pellegrino en Altavilla Irpina. «Una mujer que lloraba tenía un niño en sus brazos, una masa de carne más que un hijo, y estaba orando. Rezaba ante San Peregrino llorando ardientemente para obtener el perdón... Cansada de rezar, la madre, exasperada y agotada, en un gesto de fe, desesperada y con palabras que rayan con la herejía y la blasfemia con el insulto al santo mártir, levanta ese pequeño monstruo y lo arroja impetuosamente sobre el altar. Un momento de silencio, de desconcierto y luego un grito de alegría y acción de gracias: el niño se levanta, solo, completamente curado».

Para él fue una confirmación, el camino de la intercesión fue la primera respuesta para dar a la compasión por los que sufren. Según su madre, Francesco ya estaba haciendo penitencia en ese momento y reflexionaba a menudo sobre la pasión de Cristo; sería interesante entender si primero se encontró con su oración de compasión y entrega por el Señor o con la oración de intercesión, pero es pura especulación: desde muy joven el Padre Pío vivió la oración de intercesión en su totalidad, viviendo con intercesión un momento de comunión particular con Dios.

Oración y compromiso personal

El Padre Pío es plenamente consciente de que la oración debe implicar a toda la persona: no se puede pedir algo a Dios si antes no se está completamente abierto a él: "Siempre rezo por ti y siempre tienes el primer [lugar] en mis oraciones, pero en estos días santos, en que parece que la misericordia divina está más dispuesta a escuchar la oración del alma que espera, confía y se abandona en él, oraré con más confianza por el cumplimiento de todos los deseos de tu corazón, no menos el de vuestro perfecto y total abandono en los brazos de su divina bondad" (*Ep. I*).

No pocas veces, cuando se recurre a la oración, se siente cierto remordimiento: «hasta ahora no me he acordado de Dios, ahora que lo necesito por una gracia, casi me avergüenzo de presentarme ante él». En todo caso, este gesto de humildad, que ya es más que suficiente para ponernos en comunión con el Señor, debe ir precedido de la promesa de Jesús: «Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá.» (*Lc 11,9*)

«La súplica -dice el Papa- es una expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que no puede hacerlo solo. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos muchas súplicas llenas de ternura creyente y de profunda confianza» (*GE*, n. 154).

Si, de hecho, es el mismo Jesús quien autoriza nuestra oración de intercesión, a menudo independientemente del sistema de vida que tengamos, sin embargo no podemos olvidar que ante las numerosas peticiones de milagros, Él da una importancia considerable a la fe en él y en su palabra. Un día, dirigiéndose a los discípulos les dijo: «Les aseguro que si tuvieran una fe del tamaño de un grano de mostaza, dirían a esta montaña: Trasládate de aquí a allá, y la montaña se trasladaría; y nada sería imposible para ustedes» (*Mt 17,20*).

La persona de fe pronto comprende que la forma de la oración no es importante en sí misma, en las fórmulas que se dicen o incluso en la fuerza interior con que se pide una



gracia; la oración de intercesión educa el alma a la comunión con Dios, para que vayamos descubriendo poco a poco lo importante que es él para nuestra vida, mucho más allá de la gracia que le estamos pidiendo. A pesar de ello, la comunión que se está creando entre nosotros y Dios, ese deseo de pertenecerle y ser verdaderamente sus hijos sin peros, se convierte en sí misma en una forma de intercesión.

La oración no abre una línea de crédito con Dios, no se puede pensar que un rosario más, una peregrinación o un ayuno de medio día puedan obligar a Dios a hacer un milagro. Ciertamente, sin embargo, cuando decidimos pertenecerle, nuestras historias, nuestras preocupaciones, las necesidades de los seres queridos, que él ya conoce y que ya son importantes para él, se convierten -tanto más- en sus historias, preocupaciones y necesidades.

Interceder con nuestra vida

Del diario de Elena Bandini sabemos que el Padre Pío la acompañó gradualmente en la elección de consagrarse a Dios con el voto de virginidad. El viaje duró algunos años, al final en el silencio de la iglesia de Santa Maria delle Grazie, el Padre Pío aceptó su voto. Después de esto cuenta Elena Bandini que el Padre Pío recordó la oración que ella hacía muchas veces por la curación de su hermano y entonces le dijo: «Jesús también tendrá que hacerte feliz a ti -refiriéndose a la gracia que le pedía- si te casabas, tenías que obedecer a tu marido, mientras le diste todo a Jesús; has hecho el voto, le has consagrado todo, pensamientos, palabras, obras, también tú tienes derecho a pedir algo».

Silenciosos adoradores del amor de Dios

Ante vosotros resplandece un modelo singular de sacerdote, el Padre Pío de Pietrelcina, que ha ayudado a muchas almas a encontrar el camino principal de Verdad y Amor. Pero ¿de dónde sacó esa luz que logró comunicar a quienes lo conocieron? Ciertamente en la oración, en la escucha de Dios, en la larga penitencia y, sobre todo, en la celebración de la Santa Misa, que constituyó el corazón de toda su existencia.

A veces uno se siente tentado a creer que la oración no es necesaria; uno se inclina a pensar que los problemas de la vida sólo pueden resolverse a través de acciones concretas. Si es indispensable el compromiso cotidiano en los diversos campos de la acción humana, las enseñanzas del Evangelio y el ejemplo de los santos -en particular el testimonio del Padre Pío- nos recuerdan que también en la soledad, en el silencio y en la clandestinidad se puede ayudar a otros.

Sólo en el cielo podremos, por ejemplo, saber cuánto debe la "Casa Sollievo della Sofferenza" de San Giovanni Rotondo a las insistentes oraciones del Padre Pío y de muchos otros fieles; oraciones que han permanecido ocultas a los ojos de los hombres, pero no a los de Dios. Sed, pues, todos vosotros, dondequiera que estéis, adoradores silenciosos del misterio divino y apóstoles de su misericordia. Seguid el ejemplo del Padre Pío; imitad su constante búsqueda de la intimidad con el Señor, ya que este es el único secreto de la vida espiritual. Como él, recorred el camino de la auténtica conversión, de la penitencia voluntaria y del abandono confiado en la Providencia.

Mirad a María que, contemplando en su alma los acontecimientos extraordinarios que está llamada a vivir (Lc 2, 51), se vuelve atenta y solícita a las necesidades concretas del prójimo (Jn 2, 1ss). (JUAN PABLO II, *Discursos a los Grupos de Oración*, 29 de septiembre de 1990).